

Hojitas de Fe

Vigilad, orad, resistid

173

II. Defensa de la Fe

Lutero y su triple negación: el Papa, la Virgen María, la Misa

En la homilía que pronunció el pasado 31 de octubre, con motivo de la oración ecuménica conjunta en la catedral luterana de Lund, el papa Francisco, además de invitarnos a conmemorar la *experiencia espiritual de Lutero*, afirmaba que las distancias que nos separan de los luteranos son, en última instancia, simples «**controversias y malentendidos** que a menudo han impedido que nos comprendiéramos unos a otros»; y que, aunque «había una voluntad sincera por ambas partes de profesar la verdadera fe..., nos hemos encerrado en nosotros mismos por temor o por **prejuicios contra la fe** que los demás profesan con un **acento y un lenguaje** diferente».

Pues bien, así como en una *Hojita de Fe* anterior intentamos seguir el consejo del Papa, de rememorar la *triste experiencia espiritual* de Lutero, intentemos ver ahora si las diferencias que tenemos con los luteranos en particular, y con los protestantes en general, son sólo *controversias, malentendidos, incomprendiciones, prejuicios ante acentos y lenguajes diferentes*, o si hay algo más que eso, a saber, *verdaderos dogmas de fe definidos por la Iglesia católica, y negados pertinazmente por los novadores*.

Es sabido que el protestantismo se presenta a nosotros bajo múltiples formas: luteranismo, calvinismo, anglicanismo, pentecostalismo, movimientos evangélicos, etc. Esta diversidad es una consecuencia necesaria del principio mayor del protestantismo, a saber, el libre examen, que permite al creyente interpretar por sí mismo la Sagrada Escritura, según sus propias luces.

Con todo, entre todos estos protestantes podemos hallar ciertos puntos comunes. Ante todo, están unidos por el rechazo común (o protestación, de donde viene el calificativo de «protestante») de ciertos dogmas y doctrinas católicas. Y luego, hay también entre ellos una cierta unión en los principios generales de que se valen para colmar el vacío dejado por esta destrucción de los principios católicos –ya que, en efecto, el protestantismo es una obra eminentemente revolucionaria, que se aplica a destruir lo que existía, para construir un mundo nuevo sobre las ruinas del antiguo–.

1º Rechazos comunes a todo protestante.

El protestantismo es esencialmente una ruptura con el catolicismo, cuyo origen histórico se coloca generalmente en la publicación de las 95 tesis de Lutero,

el 31 de octubre de 1517. En las explicaciones que el propio Lutero dio muy prontamente a esas tesis afloran los puntos de cristalización de dicha ruptura. En efecto, «*un triple rechazo caracteriza el desacuerdo entre los protestantes y Roma. Este triple rechazo puede expresarse en una fórmula lapidaria: un hombre, una mujer, una cosa; esto es: el Papa, María, la Misa*» (L. Gagnbin).

Rechazo del Papa: en el cual los protestantes incluyen toda la Iglesia católica, con su visibilidad y su jerarquía, y sobre todo su jefe único –ya que la Iglesia es monárquica–, el papa, sucesor de San Pedro y representante de Nuestro Señor Jesucristo.

Rechazo de María: lo que los protestantes se niegan a admitir no es tanto la maternidad de María, ni siquiera su virginidad –pues «*la mayoría de los protestantes suscriben la idea bíblica de la virginidad de María*» (G. Monet)–, sino el culto dado a la Virgen, al igual que el resto del culto tributado a los santos. Los católicos, según los protestantes, endiosan a María y la transforman en una divinidad. Esta acusación se explica por su postulado de no admitir otro mediador que Cristo. Nuestro Señor es, en verdad, el único Mediador entre Dios y los hombres, pero eso no implica la ausencia de otros mediadores que obren bajo la dependencia y por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, como vemos que sucedió en las bodas de Caná: Nuestro Señor obró el milagro a ruegos de su santa Madre.

Rechazo de la Misa: no tanto motivado por la negación de «*la presencia real de Cristo en el sacramento de la Cena, que, a decir verdad, es muy debatida, aun dentro del protestantismo*» (G. Monet); sino sobre todo por la negación de la noción de sacrificio, y de sacrificio propiciatorio. Para los protestantes no hay más que un sacrificio, el de Jesús en la Cruz, que por lo tanto no puede renovarse. Incurren ellos en un triple error sobre la Misa:

1º Negación del carácter sacrificial de la Misa, que sería sólo un simple memorial de la Pasión para instruir a los fieles y recordarles el sacrificio del Calvario, a fin de provocar el acto de fe –si Lutero habla de sacrificio, es únicamente en el sentido de sacrificio de alabanza y de acción de gracias–.

2º Negación de la transustanciación, esto es, de la conversión instantánea de toda la sustancia del pan y del vino en la del Cuerpo y Sangre de Cristo, de modo que no queda nada de la sustancia precedente, sino sólo los accidentes –si Lutero habla de presencia real, lo hace profesando la doctrina de la «empanación», esto es, de la permanencia del pan junto con el Cuerpo de Cristo–.

3º Negación del sacerdocio peculiar del sacerdote, que sería sólo un presidente de asamblea, y que, por lo tanto, no obraría «in persona Christi».

Esta triple negación es gravísima, pues recae justamente sobre los tres puntos específicamente distintivos del católico, y que en los países hispanos se ha resumido desde siempre, contra todas las herejías, en lo que suele llamarse la doctrina de «*las tres blancuras*»: la blancura del Papa (el don de la Iglesia), la blancura de la Inmaculada (el don de la Virgen María), y la blancura de la Eucaristía (el don de Nuestro Señor Jesucristo).

3º Principios generales comunes a todo protestante.

El protestantismo, desde el punto de vista de su oposición al catolicismo, se caracteriza por el triple rechazo arriba expuesto; mas el lugar que la destrucción de estos principios católicos dejó libre no quedó vacío mucho tiempo. Lutero y sus correligionarios, en las controversias con los católicos, se apresuraron a ratificar y precisar su postura doctrinal, estableciendo así lo que podríamos llamar los principios generales comunes a todos los protestantismos. Estos principios pueden resumirse también en una sola fórmula lapidaria: *la gracia sola, la fe sola, Dios solo, la Escritura sola*.

La gracia sola: la concepción protestante y falsa de la gracia procede de su concepción del pecado original. Según Lutero, a causa del pecado original, la naturaleza quedó esencial e intrínsecamente dañada, y el libre albedrío fue totalmente corrompido y destruido; el hombre no puede ya no pecar. Según Lutero, la gracia es ciertamente necesaria al hombre para alcanzar la salvación; pero no tiene como efecto justificar intrínsecamente al hombre y ayudarlo a evitar el pecado. La gracia no borra los pecados, que permanecen en el alma, sino que sólo hace que esos pecados no le sean imputados al pecador, siendo como ignorados por Dios, el cual le imputa, al contrario, la justicia obtenida por Cristo. En definitiva, el pecado habría sido más fuerte que Dios, puesto que Dios no logra borrarlo con su gracia. La santidad, en el sentido católico del término, es inconcebible.

La fe sola: según los protestantes, la justificación se realiza por la sola fe, consistiendo ésta en un acto de confianza ciega por la cual el creyente está persuadido de que Dios lo justifica imputándole los méritos de Cristo. Esta justificación por la fe sola está íntimamente ligada a otro dogma protestante, el de *la predestinación*: Dios ha decidido salvar a algunos hombres, por su solo poder, independientemente de toda colaboración del libre albedrío –que, como hemos visto, está totalmente corrompido según los protestantes–. Así pues, la sola fe basta, sin las obras; o si hay obras, sólo sirven para atestiguar que Dios ha predestinado al Cielo a quien obra bien.

Dios solo: los protestantes tienen una falsa idea de las relaciones del alma con Dios. Todo se pasa entre el creyente y Dios, sin ningún intermediario. Para ellos, en materia religiosa, no hay ni autoridad, ni jerarquía, ni comunión de los santos. El protestante está constantemente iluminado por el Espíritu Santo, que le da la convicción de estar en la verdad. La devoción a los santos es absolutamente impensable para un protestante, y el culto dado a la Santísima Virgen no sólo es inútil sino blasfemo, en la medida en que significaría la insuficiencia de la única mediación de Cristo.

La Escritura sola: puesto que, según los protestantes, Dios da la salvación sin pasar por las causas segundas, todo creyente beberá directamente de la única fuente de la Sagrada Escritura, sin tener necesidad de la Tradición oral y de la interpretación dada por el Magisterio de la Iglesia. Es el *libre examen*, doctrina

esencial a los protestantes, según la cual el creyente interpreta por sí mismo la Escritura, bajo el supuesto de que esta interpretación se hace bajo la inspiración del Espíritu Santo. *«Entre los riesgos de la autoridad, que conducen a los privilegios exorbitantes de la infalibilidad pontificia, y los riesgos de la libertad, que llevan a veces a los privilegios excesivos del libre examen, el protestantismo ha elegido, una vez por todas, los riesgos de la libertad»* (L. Gagnebin).

El mismo Pablo VI, en la audiencia del 24 de septiembre de 1969, se veía obligado a denunciar este principio que empezaba a infiltrarse en la Iglesia católica: «Se pretende hacer del propio juicio personal, o como sucede frecuentemente, de la propia experiencia subjetiva, o aun de la inspiración del momento, el criterio que orienta la propia religión, o el canon según el cual se interpreta la doctrina religiosa, como si se tratase de un don carismático o de un soplo profético. [...] Se llega entonces a un nuevo libre examen».

Conclusión.

El protestantismo desemboca en una *religión sin dogma fijo*, en una libertad de opinión total y de anarquía intelectual, y en un individualismo exacerbado: hay tantos protestantismos como protestantes. Desemboca asimismo en una **moral totalmente externa**. La justificación no consiste ya en una transformación interior. No hay verdadera virtud –principio interior de renovación–, sino sólo acciones que exteriormente parecerán honestas según su conformidad con un ideal predefinido.

Lo que no suele saberse tanto entre la gente es que esa *nueva fe* y esa *nueva moral* han sido el instrumento de que la Revolución se ha valido para descatolizar la cristiandad. Citemos para ello a Monseñor de Segur:

El protestantismo es otro poderoso auxiliar de la Revolución, cuyo concurso fraternal es ensalzado por sus jefes. ¿Qué es en efecto, el protestantismo, sino el principio práctico de rebeldía contra la autoridad de la Iglesia y de Jesucristo? En nombre de un falso principio religioso se socava un verdadero principio religioso, el único verdadero Cristianismo, la única verdadera Iglesia, y se fomenta el orgullo y la desobediencia, el desorden y la anarquía. ¿Qué más necesita la Revolución, la gran rebelión universal? «El mejor medio de descristianizar la Europa es protestantizarla», escribía Eugenio Sué. «La sectas protestantes son las mil puertas abiertas para salir del Cristianismo», añadía Edgard Quinet. Y después de indicar la necesidad de acabar con toda religión, proseguía: «Para llegar a este fin, dos caminos se abren delante de vosotros. Podéis atacar, al mismo tiempo que al catolicismo, a todas las religiones del mundo, y principalmente a las sectas cristianas; pero en este caso tendríais contra vosotros al universo entero. O podéis, por el contrario, armaros con todo lo que es opuesto al Catolicismo, principalmente con todas la sectas cristianas que le mueven guerra; y entonces pondréis al Catolicismo en el mayor peligro que jamás haya corrido».